ABC. 8 mayo 1958

LA VOZ DE LA CIUDAD

DIRIASE que la plaza de la Cibeles está, como el mar de García Lorca, condenada a perpetuo movimiento. Ninguno de sus rincones se halla dispuesto para la quietud, para el descanso ni para la contemplación. No hay bancos en que sentarse, ni cafés. En los muros del Ministerio de la Guerra y del palacio de Villamediana, o de Correos, los transeúntes resbalan hacia su destino, sin pausas. Un escuadrón de palomas zurea, menuda e inquietamente, en la confluencia con Alcalá. La plaza de la Cibeles es la clásica vía de tráfico, camino de todas partes, paso forzado para todas las direcciones de la rosa de los vientos, pero no hospedería, ni refugio, ni lugar de reposo. Aquí, una flecha indicadora nos dice que vamos bien nada menos que para la frontera; otra, un poco más abajo, nos confirma que ésa es, sí, la dirección de Extremadura. No se me ha ocurrido a mí nunca que llegue gente a la Cibeles preguntando por dónde queda Badajoz o París de Francia, pero nuestros previsores munícipes están en todo y salen a su encuentro, señalándoles gentilmente el camino. En la Cibeles, quien únicamente para es la diosa, y aun así, está también en su carroza, de vuelta de los toros, como tantas veces se ha dicho, y a punto de echar a andar el día menos pensado. En esa plaza agitada y febril, verdadero punto neurálgico del Madrid de hoy, que ha robado su temperatura a la ya un poco provinciana Puerta del Sol, se hace oír, isocronamente, a horas determinadas, la voz de la ciudad, lo que podría ser, de hecho, la voz de la ciudad. Uno se detiene, como si un amigo le diera en el hombro una palmada, y mira, sonriente, allí, de donde viene la voz. La voz es del reloj de Correos, que modula, a través de su carillón, unas cuantas notas borrosas de saludo al madrileño, en general, y al paseante de la plaza, en particular.

Los carillones son algo así como el "cine" sonoro de las cariátides, de las gárgolas y de los poblados capiteles. Sus notas se deslizan en cascada sobre las viejas piedras, como una especie de calderilla musical lanzada al aire de los monaguillos pedigüeños por el padrino rumboso. Tengo simpatía por los carillones. Los carillones no nos cuentan las horas con un aire sepulcral y admonitorio, sino alegremente, quitándonos de encima la preocupación teológica de habérnoslas gastado. El paso del tiempo, tal y como ellos lo computan, es jocundo y festivo, sin dramas, como si tuviésemos tanto que no hubiese de importarnos el perderlo. Pese a que habitan de preferencia las catedrales y están a gusto entre las volutas y los sarmientos del gótico, que es el papel de oficio que más le place a la divinidad que use el hombre para dirigirse a ella, a mí no me extrañaría nada que un día la autoridad eclesiástica les pusiera la proa, porque sea lo que sea lo que los carillones canten—salmos o temas banales—, lo cierto es que parecen llevarle al hombre hacia la muerte, sin darle importancia y bajo un camino de guirnaldas.

Pero, naturalmente, los carillones civiles—yo recuerdo ahora el del Rathaus, de Munich, acaso uno de los más bellos de que tengo memoria—y el de la Cibeles lo es, no estarán nunca sujetos a trabas ni—bien les envidio la suerte—a censura. Y aquí es donde yo meto, como una cuña, mi ruego. ¿No podríamos hacerle cantar algo? Quizá no cada hora, porque cantar siempre es de tontilocos y acabaría por marear al vecindario. Ahora bien: si, por ejemplo, a las doce del día, el carillón de la Cibeles cantase lo que fuese, algo muy sencillo y muy nuestro, y ambas cosas, a ser posible, ¿no sería delicioso? ¿No sería, sí, delicioso que, al menos en ese fugitivo minuto, algo nos detuviese, por una sola vez y sin que sirviera de precedentes, en la Cibeles?

Allá en 1927, un ministro de Hacienda, que tenía un alma muy sensible al sortilegio de la música, reavivó, por un cierto tiempo, uno de los pocos carillones de Madrid que conozco y que en el interior de uno de los patios de la vieja Aduana de Carlos III debe de existir todavía, aunque, por desgracia, mudo. Dejando de lado un instante sus tareas fiscales, trazó sobre el pentagrama los dos temas que durante varios años el remozado carillón injertaba en el aire de Madrid todas las mañanas y todas las noches. Uno de ellos era un tema de "Parsifal", que amablemente transcribe para mí Federico Moreno Torroba.

El otro no necesita ser reproducido. Se ajustaba a la pregunta del Julián de "La verbena", y decía sencillamente:

¿Dónde vas con man-
[tón de Manila...?

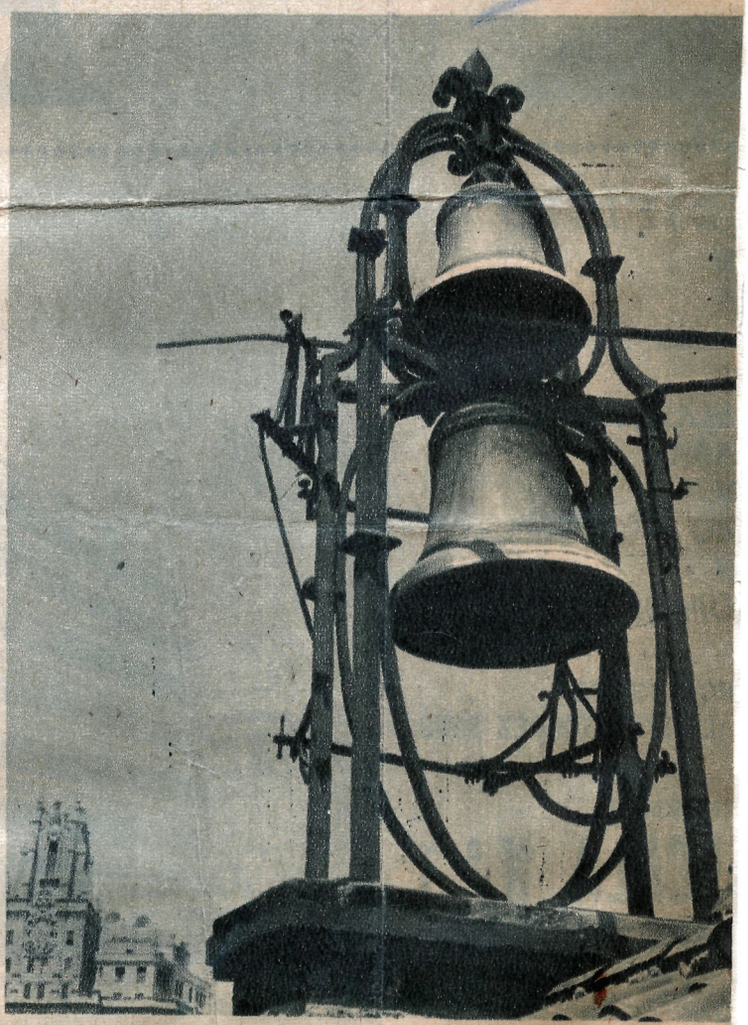
Unas notas de Wagner echando pulso con unas notas de Bretón. Aunque son pesos de muy distinta categoría—uno es el campeón por excelencia de los pesos pesados de la música; el otro, de los pesos pluma—, la verdad es que los diseños de los dos, a fuerza de ser dispares, grandioso el primero, irónico el segundo, maridaban muy bien.

¿Podríamos alzar un invisible andamio, desde la calle al carillón de Correos, por el que hiciéramos trepar unas notas cualesquiera—yo abogaría por las de "La verbena" — que nos mandaran su optimista mensaje, su delicado saludo cotidiano?

Yo no creo que esto tenga grandes dificultades técnicas. No soy nada ducho en aquella ciencia en la que Mattia Van den Gheyn puso cátedra por los campanarios nórdicos. A una de sus obras maestras, en la invernal Brujas (que yo recorrí casi adolescente entre las calles nevadas y los canales urbanos inmovilizados por la pálida luz del hielo), se va mi nostalgia con frecuencia. ¿De dónde era aquel carillón que aún escucho en mi alma? ¿De San Salvador? ¿De Nôtre Dame? A veces tarareo su melodía, y ella basta para iluminarme Brujas entera como una rosa de magnesio. Por eso quisiera ver encenderse con la luz de una música precisa, éstas, hasta hoy, deshabitadas campanas de Correos. Porque es el valor sugeridor y sentimental que a la voz del carillón le presta el tiempo y la distancia.

Búsquese, pues, esa música y elíjase con cautela. Al fin y al cabo vamos a oírla, si Dios nos da vida, muchas veces. Será la música de los que lleguen a Madrid y de los que se marchen, y de los que cruzan la plaza, como un ecuador, rumbo a sus trabajos o a sus hogares. Conducirá a los niños que van al Retiro, despedirá a los muertos que suben al Este y guiñará el ojo a los embajadores, solemnes en sus carrozas y con sus lanceros. Venga una melodía para esas campanas. A ver si pronto la vemos flamear en lo alto de la torre de Correos, como una caliente y multicolor bandera. Yo estoy deseando que sea ella la que ajuste mi reloj. No la pánfila y mantecosa bola de Gobernación, que está muy vista, rezonga catarrosamente y, al fin y al cabo, lleva ya trabajado mucho.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española



Carillón—a la sazón mudo—del Ministerio de Hacienda y transcripción, por el maestro Moreno Torroba, de uno de los dos temas que entonaba. (Foto T. Naranjo.)